LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 406

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TOMÁS ALVA EDISON, célebre electricista Norte-Americano

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TOMÁS ALVA EDISON

célebre electricista Norte-Americano

(*véase el artículo*)

FELICITACION AL PRÍNCIPE HEREDERO

cuadro de Juan Lulvés

La corte se ha reunido para felicitar al príncipe heredero que si algún día habrá de ceñir la corona, hoy por hoy no tiene más trono que los brazos de su ama. Si se tratara de un rey hecho y derecho no mostraran los aduladores palaciegos mayor acatamiento que el que rinden al tierno infante, que no puede siquiera agradecerlo porque no lo comprende todavía. Terminada la recepción, no tendrán los cortesanos pasto para su cotidiana comidilla pretendiendo unos adivinar la promesa tácita de regios favores en la graciosa mirada del monarca, buscando otros explicación plausible al torvo ceño con que el soberano correspondió á su profunda reverencia: de la sonrisa ó de la gravedad del príncipe no depende la tranquilidad de ninguna potencia, en su mano no está alterar la paz de Europa; la expresión del rostro del infante no tiene aún importancia sintomática de favor ni de desagrado. Y sin embargo las linajudas damas, los grandes del reino, los altos funcionarios palatinos y los representantes diplomáticos de las naciones extranjeras doblan respetuosamente la cerviz delante del tierno vástago de la dinastía reinante, aun antes de que tenga en sus manos la potestad mágica de distribuir mercedes á cambio de sumisiones más ó menos sinceras.

¡Cuán bien retratada en una sola escena toda la corte de los dos últimos Enriques de Francia y de Navarra!

Lulvés conoce esta época histórica como pocos y la reproduce como ninguno. Francés de origen, pues nació en Mulhouse (Alsacia) en 1834, después de haber ejercido la carrera de ingeniero en Francia, Bélgica y Alemania, adoptó en 1861 la nacionalidad alemana y desde el siguiente año se consagró con verdadera pasión á la pintura, recibiendo las lecciones de Carlos Steffeck. Muy pronto tomóle el pintor ruso Moller por colaborador y juntos decoraron el salón del trono del Kremlín de Moscou. De Rusia pasó á residir en Berlín en donde debutó con sus «Coraceros de Napoleón,» dedicándose muy luego al género histórico en que ha sido maestro sin rival el pintor parisién Comte y cuyos asuntos están tomados de la corte y del pueblo franceses de la segunda mitad del siglo décimosexto. En los últimos años, Lulvés ha ensanchado la esfera de su acción pintando retratos, cuadros de género, animales, etc.

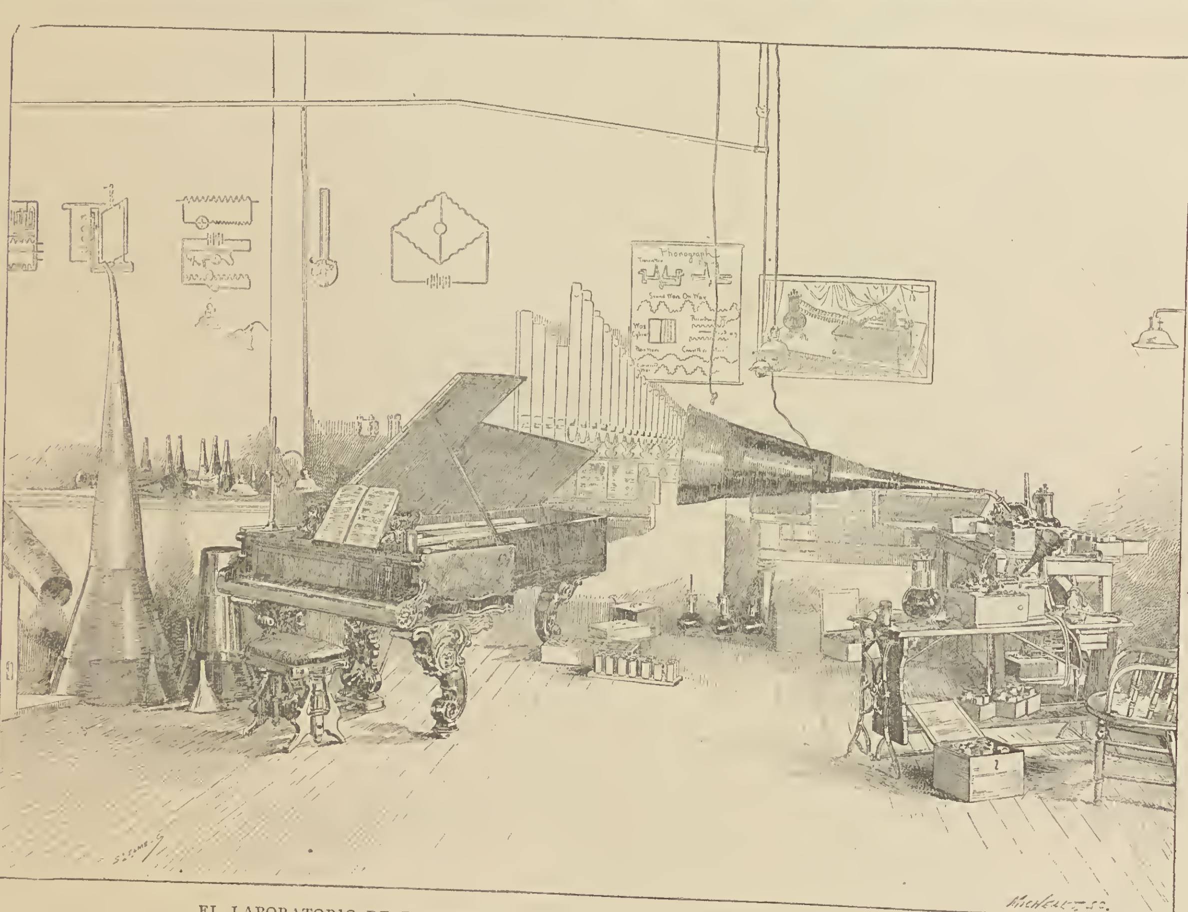
El cuadro que reproducimos fué muy celebrado en la Exposición Artística de la Academia de Berlín de 1884.

LA PEQUEÑA LECTORA, cuadro de E. J. Laurent

La escena se desarrolla en una humilde choza de Bretaña, de ese departamento francés, el más aferrado á las antiguas tradiciones, en donde tienen la religión y la monarquía legitimista sus más hondas raíces y en donde el aficionado á leyendas y costumbres populares de remotos tiempos encuentra rico botín para sus colecciones *folkloristas.* Una anciana de fisonomía bondadosa ha suspendido su faena para escuchar las noticias que de un diario de París le lee su nietecita. He aquí lo que vería en el cuadro quien sólo superficialmente lo mirara.

Pero ¿no dice algo más que esto la hermosa pintura de Laurent? En nuestro concepto, sí; para nosotros no es esta una simple escena íntima de familia sino que con ser aparentemente tan limitada constituye la reproducción de la página eternamente repetida de la historia de la humanidad, es la representación de la incesante marcha del progreso. La ancianidad pendiente de los labios de la niñez, la rueca vencida por el periódico simbolizan el contraste entre el pasado y el presente.

Para tratar este asunto, Laurent ha sabido prescindir de los tan gastados moldes que suelen acumular sobre lo que fué todo género de imperfecciones y presentar lo que es como quinta esencia de lo perfecto. El famoso pintor parisién ha querido que el pasado aparezca á nuestra vista con todos los atractivos que le dan derecho á nuestro respeto y el presente como un peldaño más alto sí, pero al fin peldaño, de la escala infinita por donde asciende el hombre movido por irresistible impulso hacia la perfección. ¿Cómo lo ha conseguido? Pintando por un lado una anciana de rostro tan simpático como inteligente que no sabe leer y por otro una niña que lleva la viveza escrita en el semblante y que conoce aunque no domina el arte de la lectura.



EL LABORATORIO DE EDISON PARA LOS EXPERIMENTOS FONÉTICOS, en Menlo-Park

El cuadro de Laurent es uno de los múltiples aspectos en que se nos ofrece el eterno *¡excelsior!* es un *memento* á la humanidad para que, no olvidando que el presente de hoy no tardará en convertirse en pasado, continúe sin desfallecimientos pero también sin soberbia la obra que las edades que fueron le transmitieron y que á su vez habrá de transmitir á las edades que serán.

A esta belleza de fondo del cuadro de Laurent corresponden perfectamente las innumerables bellezas de forma. ¿Se trata de naturalidad? ahí están las actitudes de las dos figuras; ¿se busca expresión? no hay más que fijarse en las caras de la niña y de la anciana; ¿se quiere corrección de dibujo? tiéndase la mirada por el lienzo todo, que mucho hay en él que admirar bajo este concepto.

De lo único que no podemos formarnos cabal idea es del colorido; y sin embargo lo presentimos, sea porque conozcamos la escuela á que pertenece el autor de *La pequeña lectora*, sea porque nos lo hace adivinar el magnífico grabado de Baude, de ese artista que ha obtenido tres medallas en el Salón de París y cuyas obras están, por ende, fuera de concurso, es decir que no pueden ser rechazadas por el Jurado.

LA PIPA DEL ABUELO

cuadro de G. Jakobides

El pobre viejo se dejó olvidada la flamante pipa y el travieso chiquillo, aprovechando el descuido, está ahí chupa que te chupa, ó mejor sopla que te sopla creyendo, como todos los niños, que el fumar consiste simplemente en hacer humo. Por fortuna con la pipa no quedaron olvidados el tabaco y los fósforos, que de lo contrario es de suponer que el rapazuelo no estaría á estas horas tan contento y satisfecho echándoselas de hombre. ¡Con cuánta impaciencia espera el momento de serlo de veras! ¡Pobre niño! Pregúntale á tu abuelo y él te podrá decir mejor que nadie que hay una ilusión superior á la que la infancia siente por llegar á la pubertad y es la que siente la ancianidad por volver á la niñez, con la diferencia de que aquélla casi siempre se realiza al paso que ésta pertenece á la categoría de los ensueños desesperantes, porque su realización es imposible.

TOMAS ALVA EDISON

Imaginad á un hombre de 1830, á uno de aquellos que profetizaban el mal éxito de los ferrocarriles, volviendo del otro mundo y viéndose colocado, sin explicación previa, delante de una placa telefónica por medio de la cual conversara con un belga ó con un marsellés. Fácil es adivinar el estupor que de él se apoderaría. Abusando de su sorpresa no costaría gran trabajo hacerle creer que un hechicero árabe, dormido desde hacía mil años, despertó de pronto, hace poco, é imaginó ese nuevo sistema de correspondencia oral y que, no contento con ello, inventó una especie de caja misteriosa dentro de la que pueden aprisionarse las sílabas, las palabras y los verbos, ni más ni menos que se encierra á los pájaros en una jaula, y encontró el medio de tenerles en ella callados ó hacerles cantar á su voluntad haciéndoles, gracias á este secuestro, eternos, tanto que dentro de mil años dejarán oir sus gorjeos de hoy á menos que para tan larga fecha se haya perdido el secreto de sacarles de su forzado silencio.

Ese político, ese industrial de 1830 se quedaría como quien ve visiones y daría en sospechar, con el escepticismo volteriano tan en boga en su tiempo, que el universo entero se había vuelto loco. Y ¿qué pensaría si se le dijera además muy formalmente que este mago tomado de las Mil y una Noches, este encantador de cuento árabe se apercibe á dar al mundo una lámpara mucho más maravillosa que la de Aladino, una lámpara que permitirá ver á los ausentes á cien ó á doscientas leguas de distancia de modo que mientras hablarán y sus palabras serán transmitidas por un primer aparato mágico y registradas *per in eternum* en una segunda caja misteriosa, sus gestos y sus fisonomías se iluminarán de repente delante de su interlocutor haciéndole sentir la impresión de presencia real producida por seres remotamente apartados?

No lo dudéis; el hombre de 1830 (y conste que me refiero á un hombre corriente no á un espíritu romántico) se desmayaría y pediría que se le condujera nuevamente al sepulcro prefiriendo el reposo de la tumba á las febriles agitaciones de la enajenación mental.

Pues bien, nosotros presenciamos sin enloquecer pero poseídos de una admiración sin límites las maravillas que nos ofrece ese mágico de las Mil y una Noches, ese rey de los genios, ese milagroso encantador que se llama Tomás Alva Edison. ¡Cuán bien sienta ese nombre patronímico de Alva por su extraña estructura y por su sonoridad dulce al poeta de la electricidad cuyo apellido Edison suena luego conciso y claro como una toma de posesión del mundo material!

La vida misma de Tomás Alva Edison no es menos novelesca que su obra. Conocida es la existencia de este hombre que *se ha hecho solo*, que estudiaba química á la edad de ocho años, á los doce era redactor en jefe, impresor y vendedor de un diario en una línea de ferrocarriles de Nueva York á Chicago, y á los quince poseía una biblioteca científica de novecientos volúmenes perfeccionando desde entonces los inventos de sus predecesores en materia de electricidad y de magnetismo y añadiendo á las antiguas nuevas é incesantes invenciones. Después han venido la sucesión continua de maravillas, las sorprendentes aplicaciones de ese agente misterioso que es quizás, la vida universal, el alma del mundo y que el sabio aprisiona y reduce al papel de esclavo, pero de esclavo omnipotente que hace de su amo un dios dentro de la naturaleza. Gracias á Edison, la electricidad no sólo transporta las palabras y almacena la voz sino que, además, se aplica á multitud de trabajos. Si la lista de los inventos del gran sabio no fuese tan larga, la publicaríamos en este artículo y con ella encontraríamos un *gigante magnético* que reduce á polvo el mineral de hierro y aisla el hierro puro y, tras una serie de máquinas destinadas á distribuir el movimiento, hallaríamos un aparato mecánico creado para producir la inmovilidad eterna, un mecanismo fulminante que hiere de muerte á los condenados con sólo hacerles sentar en una silla.

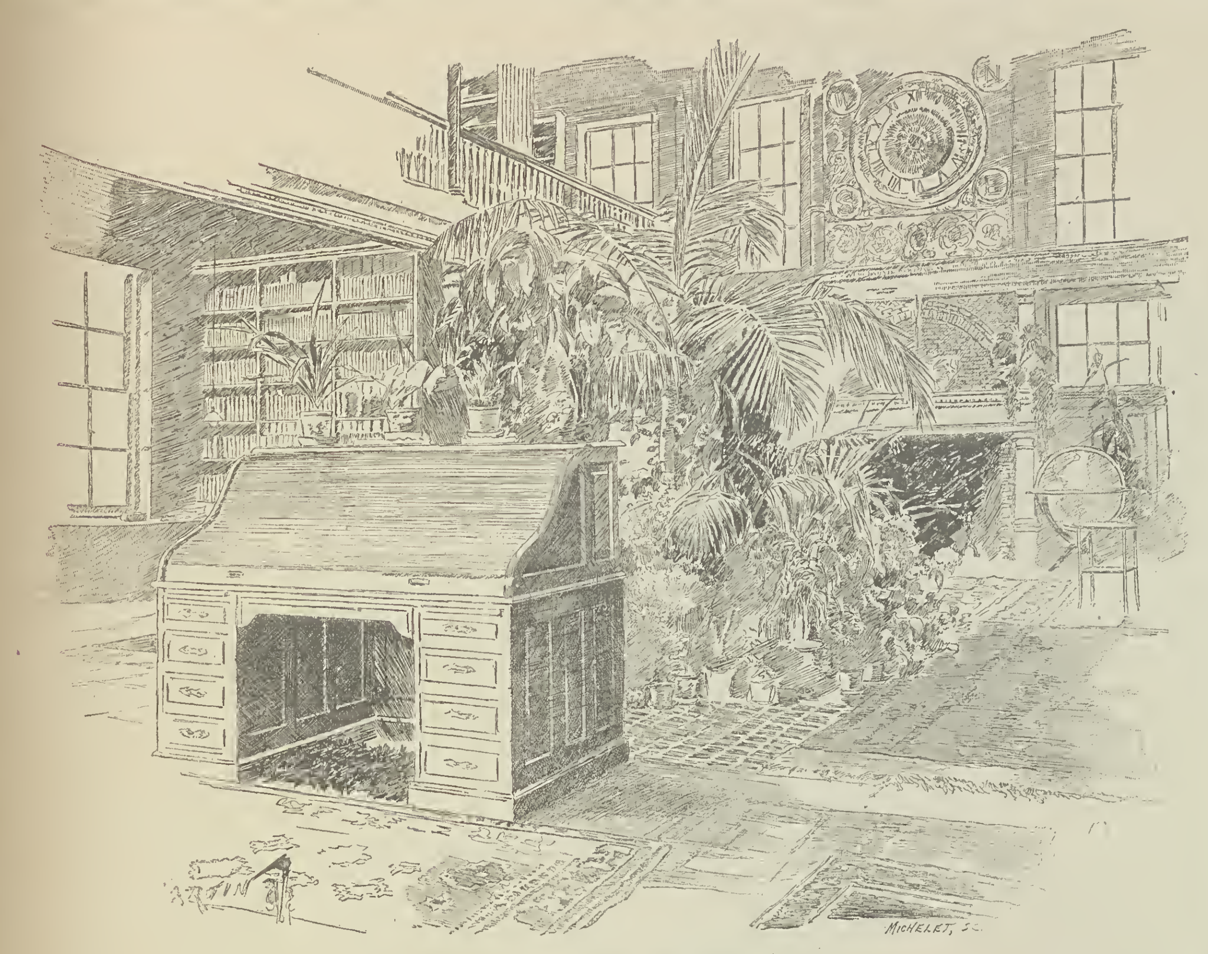
Se asegura que la inmensa gloria de que goza Alva Edison en Francia supera en mucho á la que obtiene en los Estados Unidos. *Nemo propheta in patria;* pero con nuestro entusiasmo, muy justificado en esta ocasión, no hacemos más que pagar una deuda sagrada á los manes de tantos pobres inventores franceses que han desaparecido víctimas de la indiferencia cuando no de las burlas de sus propios compatriotas. Debemos felicitar á Edison porque no nació en París ni en sus alrededores; de haber sido así, si hubiese intentado fundar un diario á la edad de doce años habría sido condenado á pan y agua, si hubiese manifestado la idea absurda de instruirse solo, unos cuantos filántropos se habrían puesto á escote para ofrecerle una beca en un liceo, lo cual le hubiera quizás llevado á la Escuela Politécnica de donde habría salido oficial de artillería; y puede que hoy estaría de guarnición en Vincennes.

Pero volvamos al mago que ha tenido la dicha de nacer en América.

Tomás Alva Edison desciende en línea recta de los holandeses; sus antepasados eran dueños de algunos molinos. Hacia 1730, algunos individuos de la familia Edison partieron para la América del Norte en donde se establecieron. El abuelo de Alva Edison, á la sazón empleado en el Banco Nacional de Manhattan Island, tomó parte muy activa en la guerra de la Independencia en la que se distinguió por actos de profunda adhesión á la causa americana. Este abuelo, rebasando la longevidad característica de los varones de esta familia, murió á la edad de ciento tres años. El padre de Edison tiene ochenta y cinco años y disfruta de una salud excepcional: nacido en Digby, County of Annapolis (Nueva Escocia) el día 16 de agosto de 1804, casó á los veinticinco años con una institutriz del Canadá que nacida en 1810 falleció en 1871 sin haber podido ser testigo de la gloria de su hijo. El joven Edison fué educado en Port-Huron y desde sus más tiernos años se consagró con ansia febril al trabajo combinando y soñando de continuo curiosos inventos; de allí partió á los doce años para convertirse, como hemos dicho, en publicista singular de camino de hierro.

Conquistada en el mundo su plaza de joven sabio, Edison, después de haber establecido por poco tiempo su laboratorio en Newark, cerca de Nueva York, fijóse definitivamente en Menlo Park, residencia que se ha hecho célebre y cuya instalación costó 230.000 dollars. Este laboratorio inmenso, parecido á una grandiosa fábrica, es un edificio construído con rojos ladrillos dentro del cual rugen potentes máquinas y un horno enorme devora hulla para vomitar movimiento. Allí un centenar de mecánicos y electricistas cuidadosamente escogidos de entre lo mejor de su clase y cuyos sueldos importan al año la suma de 150.000 dollars, trabajan á las órdenes del maestro.

Edison se encierra en su espaciosa concha, recinto terrible y sagrado del hechicero que á ningún mortal es dado pisar, y no recibe á nadie si no es á la musa del Polo magnético, al genio del Imán, al hada blanca y azul, fulminante y ligera de la Electricidad que viene á traer



BIBLIOTECA DE EDISON, en Menlo-Park

á su favorito las maravillosas inspiraciones envueltas en cifras cabalísticas.

La biblioteca de Edison merece capítulo aparte: no hay un solo libro, una sola publicación científica, sea cual fuere el idioma en que estén escritos, que no tenga su lugar en ella. Esta biblioteca, obra maestra de madera esculpida, forma una inmensa sala de dos pisos iluminada por treinta y seis ventanas. No faltan allí ricos tapices ni escogidas flores y delante de un pupitre en donde trabaja á menudo el maestro hay tendidas dos grandes pieles, una de león y otra de tigre, sobre las cuales se revuelca voluptuosamente el favorito de la casa, el valiente perro Little Puss.

Al lado de la biblioteca está el depósito químico que contiene todos los venenos conocidos y por conocer, todas las plantas del globo y todos los metales; luego viene la sala de máquinas en donde se agita el hierro en labor gigantesca, después la sala de oro en la que delicadamente se separa de su ganga al precioso metal, como si se despojara á un príncipe de sus harapos de mendigo y, en una palabra, todas las salas que constituyen el inmenso laboratorio de Menlo Park y de las cuales no podemos dar, en este corto artículo, más que una pálida y torpe idea.

Una indicación muy americana recuerda á los visitantes los peligros que oculta el rayo allí almacenado en millares de hilos: *Hands off*, ¡no tocar! ¡Mágico y terrible castillo en donde la vida circula á lo largo de las paredes, en tubos subterráneos, encima de los techos, vida silenciosa que puede dar la muerte!

Y al lado de todo esto el palacio de familia del opulento inventor: en él el gran mágico se transforma en hombre, en esposo, en padre amantísimo. Edison se ha casado dos veces: tiene de su primer matrimonio varios hijos, entre ellos una niña que se educa en París (¡hurra!) y de su segundo un niño todavía en la infancia. Allí, en su palacio chalet, fuera del laboratorio en donde se trituran las obras en construcción, Edison se abandona á la poesía pura y siempre agitado interiormente por sus ensueños piensa en un instrumento capaz de hacer ver á cien leguas y acaricia en su mente la posibilidad de conversar desde París con Nueva York ó de viajar eléctricamente por los aires.

Felicitémonos, pues, de que París haya tenido atractivo suficiente para decidir á Tomás Alva Edison á abandonar su Edén de Menlo Park, su palacio de encantador. Los reyes de la guerra se han negado á visitar la Exposición de 1889. ¿Qué importa sí hemos tenido entre nosotros al rey de la Ciencia?

EMILIO DURER

ESTEBAN SÁNCHEZ (el Estiraíllo)

¡Quién hubiera dicho, al ver á Esteban Sánchez (*el Estiraíllo)* pasearse por la carrera de San Jerónimo, muy *mudao* y muy *planchao*, según frase suya, que era aquel mismo arrapiezo que pocos años antes llevaba pantalones tan risueños que no satisfechos con reirse por las rodillas y partes que el dueño veía, mal intencionados y de suyo burlones hacíanle por detrás, gestos y muecas y á *desgarrón* completo se reían, y no contentos de su regocijo, dejaban al descubierto partes que á risa movían á quien sin querer las veía, denunciando además flaquezas del cuerpo de su señor y dueño y largas ausencias del agua que borra toda clase de manchas originales *traducidas y arregladas* de cualquier acera ó sitio nada limpio. En el momento en que tengo el gusto de presentar á Vds. á *el Estiraíllo*, era éste el más afamado *mataor* de novillos que se paseaba por las calles de esta hidalga villa del Oso y del Madroño, capital de la indomable nación de la lotería y los toros.

Y no se crea que digo esto con ánimo de censurar, no; la patria de los toros y la lotería es mi patria. Por su independencia luchó mi abuelo, vistió mi abuela el vestido de medio paso y aplaudió los volapiés de Costillares, asistieron uno y otra á los rosarios de la Aurora. Dieron á mi abuelo en pago de sus servicios como militar, durante la primera guerra civil, un ejemplar del Diccionario geográfico de Madoz, mientras mi padre seguía su carrera poco menos que de limosna y á mí me adormecía al son del himno de Riego un tío mío que usaba bigote de moco (que así se llamaba) y vestía el traje de miliciano nacional.

Cuando solté la teta materna comí papas, me atraqué después de garbanzos de Fuente Saúco, de chorizos de Extremadura y de verduras de Valencia; tuve en mis primeros años un traje de soldado, que me quitaba para decir misa ante una capillita que mis padrinos, gallegos ellos, me regalaron y en mis ratos de ocio jugué al toro con todos los chiquillos de mi barrio y he puesto en un cesto de mimbres más banderillas y dado más volapiés que bendiciones echa un cura loco en diez años de manicomio.

¡Qué de particular tiene, dados estos antecedentes, que cierto día de jueves Santo de hace ya veinte ó treinta, ó más años, me quedara con más de un palmo de boca abierta, viendo pasar por la carrera de San Jerónimo á Esteban Sánchez *(el Estiraíllo)*!

Aquel muchacho de unos veintisiete años, era la esperanza del toreo. Todo el mundo conocía su historia. A los ocho años quedó huérfano de padres; una tía suya revendedora de frutas en la plaza de la Cebada había recogido á Esteban encargándose de su educación. Para cumplir su misión delicada, la *señá* Eufrasia, que así llamaban á la tía de Esteban, no creyó necesario enviarle á la escuela, sino que poniéndole en las manos una docena de naranjas le enseñó á gritar: ¡A cuarto! ¡á cuarto, y por un real diez! Cuando Esteban llegó á cumplir sus doce años tuvo la suerte de que el encargado de la venta de naranjas en la plaza de los toros le tomara á su servicio los domingos, para vender en el callejón su mercancía.

¡Quién pudiera describir las mil distintas emociones que experimentó *el Estiraíllo* la primera tarde en que con su cesto de naranjas al hombro vió las mil peripecias de una corrida de toros! ¡Qué loca alegría sintió al ver la salida de la cuadrilla acompañada de los alegres acordes de un animado paso doble y de los aplausos y gritos de los espectadores! ¡Cómo se escondió su alma atemorizada en el más apartado rincón de su almario al ver al matador, aproximarse al toro y sortearle una y otra vez con la roja muleta! Si en un principio temió por el diestro y por instantes le veía en las astas del poderoso animal, confióse luego y creyó tarea fácil imitar su trabajo. — ¡Qué bonito es eso y qué sencillo! se decía; se presenta al toro la muleta, se le dice, échate á la derecha y el toro se va á la derecha, vete á la izquierda y á la izquierda se va el toro; y mientras esto pensaba y salíasele el alma por los ojos para no perder ni un movimiento del diestro, con su gorra que en la mano izquierda tenía daba magistrales pases naturales de pecho y de talón al cesto de naranjas que había dejado en el suelo.

El toro cuadróse entonces, lió la muleta el matador, metiéndola en el hocico del animal, adelantó el pie izquierdo, y sin moverse de su sitio esperó á la fiera clavándole el estoque hasta los gavilanes. Dobló el bruto la cabeza al sentirse herido y á pocos pasos del matador, paróse en seco; tiñéronse de sangre sus hocicos y narices, comenzó á tambalearse sobre sus patas defendiéndose de la muerte y negándose aun en aquel último trance á darse por vencido, pero al fin vino á tierra y murió sin necesidad de puntilla.

El primer aplauso y el primer *ole* que sonó en la plaza fueron de Esteban. Él no sabía si la muerte había sido bien ó mal ejecutada, pero presentía en aquello algo notable y gritó como un energúmeno y el corazón le bailó en el pecho y casi no sintió que su amo le daba un fuerte cogotazo diciéndole al mismo tiempo: ¡A vender, chiquillo!

Cogió el muchacho su cesto y gritó: — *¿Quién quié naranjáás?*

En la noche de aquel día soñó *el Estiraíllo*, á quien ya llamaban así por lo derecho y bien *plantao*, que peinaba coleta y que tenía un vestido de torear verde y oro como jamás lo tuvieron ni el *Chiclanero* ni el *Tato*.

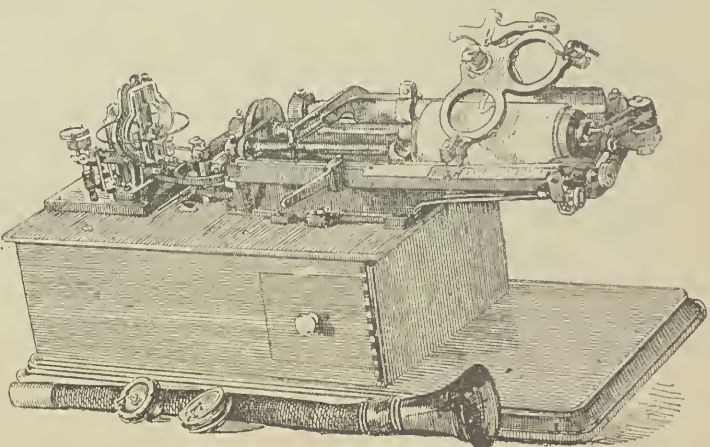
Cuando volvió á la realidad y hubo de vestir su blusilla remendada y sus pantalones sin remiendos porque la blusa se encargaba de cubrir desnudeces que aquellos dejaban al viento, pensó: matando toros tendría pantalones nuevos y me echarían cigarros, y cuando yo saliera á la plaza gritarían: ¡Viva Madrid! porque yo soy de Madrid. — ¡Si yo fuera torero!

Aquella idea no se apartó de su imaginación durante muchos días. — Y la cosa es fácil, — se decía; — yo no tendría miedo; ¡miedo! ¿de qué? — Algunas semanas después se anunció en la plaza una función de novillos muertos á estoque y cuatro embolados para los aficionados que gustaran bajar al redondel. Esteban fué de los que gustó mezclarse entre los aficionados.

Cuando sonó el clarín anunciando la salida del embolado, temblábanle á *el Estiraíllo* las piernas. Trataba el chico de convencerse de que aquel temblor no era señal de miedo, mas lo cierto es que cuando el novillo pisó el redondel cesó el temblor y adquirieron las piernas extraordinario vigor que emplearon en correr en dirección á la valla. Cuando llegó á ella sintió el muchacho que la sangre se agolpaba á sus mejillas, miró á todas partes y á cuantas personas estaban cerca, creyendo que habían conocido su miedo. Al ver que nadie le miraba ni le hacía caso se tranquilizó por el momento, pero en seguida sintióse triste. — ¡Y yo que creí que era tan fácil! pensó. Durante un largo rato permaneció abstraído en sus pensamientos que sólo Dios sabe cuáles serían. Quizá al venir en conocimiento de que era cobarde pensaba que había que renunciar para siempre á peinar coleta y veíase condenado á perpetuidad á pantalones desgarrados, á fumar colillas y gritar eternamente: *quién quié naranjáás.*

Tan sumido estaba en estos pensamientos que no se percató de que el novillo se dirigía hacia el sitio en que él se hallaba; recibió un empujón y otro empujón de chiquillos que huían, y de pronto se vió suspendido en el aire y se vió caer en las astas del novillo y otra vez fué zarandeado como un pelele, hasta que por fin dió con su cuerpo en el suelo. Los espectadores todos lanzaban agudos chillidos; la cogida de Estebanillo había sido terrible y el golpe que recibió hizo pensar que había sufrido algún grave daño. Esteban no oyó nada ni sintió dolor alguno en su cuerpo, pero sí en su alma. Con gran coraje y apretando los dientes se levantó del suelo, y sin dar tiempo á que le detuvieran corrió en busca del toro, colocóse frente á él, el animal fué á embestirle, pero el muchacho dió un quiebro y evitó el derrote quedando detrás del toro; entonces se abalanzó hacia él, le cogió del rabo y dióle en él un mordisco con todas sus fuerzas. Volvió la cabeza el animal, al tiempo que *el Estiraíllo* soltaba el rabo, y quedándose en frente del bicho, adoptó una altiva y elegante postura, dirigiendo al novillo una mirada de desafío. Por un momento quedó parado el animal, pero en seguida embistió al chicuelo quien, girando sobre sus talones, sorteó á su enemigo quedándose en el *terreno de afuera*, como dicen los inteligentes en el arte.

Un aplauso unánime sonó en la plaza. Esteban se retiró



EL FONÓGRAFO DE EDISON



FELICITACIÓN AL PRINCIPE HEREDERO, cuadro de Juan Lulvés

SALÓN DE PARIS DE 1889



LA PEQUENA LECTORA, cuadro de Ernesto José Laurent (grabado por Baude)

á la barrera sin oir siquiera los aplausos que le prodigaban; sólo oía lo que se decía á sí mismo: - ¡No soy tan cobarde como creí!

No referiré detalladamente lo que Esteban sufrió hasta que consiguió entrar de banderillero en la cuadrilla de un afamado matador de cartel; toreó en las mojigangas, unas veces gratis y otras dando dinero para que le permitieran trabajar: recibió más golpes de su tía la *señá* Eufrasia que varetazos y *bolazos* de los toros y eso que estos fueron tantos que á reunir todos los cardenales que en su cuerpo marcaron, hubieran sido más en número que los del sacro colegio: toreó por los pueblos y unas veces no le pagaron y otras tampoco, le explotaron amigos, enemigos é indiferentes y dió por fin varias veces con su cuerpo en el hospital para curarse heridas que recibió en su pelea con los toros. Añádanse á todas estas fatigas muchos días sin pan, y diga quien se atreva que llegar á ser banderillero es cosa hacedera y fácil.

Mas por fin su nombre figuró en los carteles de la plaza de Madrid y desde la primera tarde en que Esteban pareó escuchó palmas y su reputación de torero de corazón y vista creció rápidamente.

Después de dos temporadas taurinas, comenzó Esteban á matar en plazas de provincia y en varias novilladas que en Madrid se dieron. Después de esto, maestros é inteligentes en el arte de Costillares y Montes convinieron en que había que dar la alternativa al chico y la recibió en el día del Corpus del año tal y hete aquí á Esteban Sánchez *(el Estiraíllo)* convertido en matador de cartel y de los más aplaudidos. Aquel que de niño y de adolescente había *nadado* en la miseria, nadaba entonces en oro; el que no tuvo pantalones gastaba brillantes, el vendedor de naranjas zurrado por los municipales (espulga perros los llamó él en aquella época) mimado y agasajado por los señoritos de la *highest life*. Así es el mundo y así seguirá siendo, si Dios no pone remedio, y tengo para mí que no lo pondrá.

Durante los años en que *el Estiraíllo* fué torero de invierno, ó *maleta*, trabó relaciones estrechas de amistad con otro de su misma laya, como él torero y más *maleta* que él. El *Pimplao*, que así se llamaba el amigo de Esteban, era pequeño de cuerpo y más pequeño de alma, chato, de labios tan pronunciados que si me atreviera los calificara de morros, ojos chiquitos y hundidos y uno dos dedos más alto que otro, *por mor*, como él decía, de un chirlo que le hicieron un día en la taberna del señor Gaceta, antiguo picador de toros que había colgado la pica, y por fin más negro el *Pimplao*, que no el Gaceta, más negro que el pan de munición que durante varios años había comido.

Muy feo era el *Pimplao*, pero aun era más sagaz y astuto, y á pesar de su fealdad tenía gran partido entre las mujeres por cierto aquel y cierta labia y porque se tocaba y cantaba *por bajines* unas seguidillas gitanas, que había que oirle.

Esteban profesaba al *Pimplao* una amistad que podía confundirse con fraternal cariño; el *Pimplao* conoció desde los primeros meses en que trabó conocimiento con el *Estiraíllo* que con el tiempo sería un filón explotable y desde el primer momento se dedicó á preparar el terreno para cuando diera frutos comerse parte, de la parte más sabrosa.

Cuando Esteban era ya un afamado banderillero y faltábale poco tiempo para que le dieran la alternativa, conoció á una muchacha á quien llamaban la Perla de la calle de los Estudios porque en ella vivía, y bien pudieron llamarla la Perla de Madrid, y de España y del mundo entero.

Nació la Perla, no entre conchas, sino en el Rastro, en una covacha llena de trastos. Sopló la suerte á la madre de Encarnación, que éste era el nombre de la Perla, y desde la covacha, saltó á la calle de los Estudios, y tanto estudió y con tanto fruto que en pocos años se hizo con una fortuna, siendo prendera y fiadora.

Pero no hace á mi cuento referir la historia de la prendera, ni siquiera la de su mejor prenda, su hija Encarnación. Basta para mi intento decir que *el Estiraíllo* se enamoró de Encarnación; y por si algún curioso pregunta el cómo y el cuándo, respondo que: cuando Dios quiso y como se enamora todo el mundo, es decir sin saber cómo.

Lo importante es referir que cuatro meses después de haber recibido *el Estiraíllo* en la plaza de Madrid la borla de doctor en tauromaquia, se celebró en la parroquia de San Lorenzo (vulgo parroquia de los *chinchos* y sea esto dicho pidiendo antes el debido perdón), celebróse, digo, una aparatosa boda que acabó, en las ventas del Espíritu Santo, con espléndida comilona y tal *bebilona* que no admite adjetivo alguno.

Pasó un mes y luego otro y un año después y siguió corriendo el tiempo y otro año vino, y Esteban que en el primer mes quiso á su mujer, en el primer año la amó, la adoró al comenzar el segundo y al finalizar la idolatraba.

Su ciega pasión por *la Perla* fué generalmente conocida y llegó á ser proverbial entre los amantes la frase de «Te quiero más que *el Estiraíllo* á la Perla.»

No diré yo que todo el que bien quiere celos tiene. ¡Líbreme Dios de asegurar que no quieren bien los confiados! pero sí diré que *el Estiraíllo* bien quería y dolíase de cierto escozor en el corazón cuando Encarnación ponía los ojos en hombre que no fuera él.

Fuera un fundado recelo, ó sospecha con alguna causa, dió Esteban en la manía de imaginarse que su mujer sentía ó demostraba al menos simpatías demasiado vivas por su amigo y banderillero de su cuadrilla, el *Pimplao*. Jamás sin embargo manifestó su recelo, pues como se decía para su coleto (en este caso mejor pudiera decirse para su coleta), era una vergüenza imaginar que su mujer... y además con el *Pimplao*, su mejor amigo y más feo que una noche de truenos. - ¡Eh! estoy loco; como la quiero tanto, los dedos se me antojan huéspedes. Pero ¿por qué da la casualidad de que el *Pimplao* vaya á mi casa en busca mía siempre que yo no estoy en ella? Si él sabe á las horas que entro y salgo, ¿cómo?... Vamos, que soy un bruto... Pero y si no lo fuera; si me engañaran!

Algún tiempo pasó el pobre *Estiraíllo* sufriendo las torturas de la duda, pero al fin cesaron. Se hizo por aquella época más cariñosa la Perla y el *Pimplao* rara vez iba por su casa.

Así las cosas hicieron á Esteban ventajosas proposiciones para ir á torear á la Habana que fueron aceptadas por él.

El día en que firmó la contrata era domingo y por la tarde toreaba Esteban por última vez en aquella temporada en la plaza de Madrid.

Eran las tres y media de la tarde y estaba esperando á que fuera el coche á buscarle para conducirle á la plaza. Al poco rato entró en su cuarto el *Pimplao* gritando:

- Esteban, ¿estás ya vestío? ¿No has oído el coche?

- No; estaba distraído pensando en que de ésta me hago rico y que tú también pescarás una tajada buena.

- ¿Te ha *tocao* la lotería?

- Mejor que eso. He *firmao* la escritura *pa* la Habana; pero echa que es tarde y por el camino hablaremos. - Chiquilla, - gritó llamando á su mujer, - que nos vamos.

- ¿Ya? - respondió Encarnación entrando. - Hola, *Pimplao*, - añadió, - ¿por qué ha subido V.?

- ¡Como no oyeron *ustés* el ruido del coche!...

- Hasta luego, Encarnación, - interrumpió Esteban, y le dió un beso.

- Adiós; buena suerte, y que la tenga V. buena también, *Pimplao*, y adiós, - y al decir esto alargó la mano, que éste cogió, pintándose cierta extrañeza en su feísima cara que aun pareció más fea con aquel gesto.

Salieron el matador y el banderillero.

Llegaron á la plaza y pasó lo de siempre. Mucha animación, mucho ruido, palmas unas veces, silbidos otras, y así llegó el quinto toro que había de ser muerto por *el Estiraíllo* que estaba aquella tarde muy guapo.

Mecharon al pobre animal y sonó el clarín avisando á banderillas. Puso el *Pimplao* un par, siguió después otro banderillero y volvió á tocar el turno al *Pimplao*. El animal se había hecho receloso y de *cuidao*. Esteban dejando la muleta volvió á coger el capote y se fué al lado del *Pimplao*, le preparó el toro y le gritó: - ¡Anda ya! - Abrió el *Pimplao* las banderillas y comenzó á alegrar. Llegó casi al terreno del toro, cuando éste se arrancó de pronto. Huyó el *Pimplao*, pero fué alcanzado y suspendido en las astas del toro que le agarró por la faja.

Como un rayo se lanzó *el Estiraíllo* al toro, le cubrió los ojos con el capote y con la mano izquierda agarró al *Pimplao* por la chaquetilla y logrando sacarle de entre las astas, se llevó al animal *empapao* en el capote. El *Pimplao* cayó al suelo, pero se levantó al instante sin daño alguno al parecer. Obligáronle á ir á la enfermería sin embargo y allá fué resintiéndose de una pierna, por lo cual hubo de apoyarse en el hombro de un compañero.

No es posible ni dar remota idea de la ovación que el público hizo á *el Estiraíllo*.

Tocaron á matar y fué Esteban á armarse de estoque y muleta. Al dejar el capote vió que tenía en la mano un pedazo del forro de la chaquetilla del *Pimplao* y un papel que arrojó al suelo. Cuando iba ya á marchar en busca del toro, vió el papel en el suelo y le saltó á la vista el nombre de su mujer. Encarnación decía, sí, y parecía letra de ella. Sin explicarse porqué, le dolía el corazón agudísimamente. Se inclinó, recogió el papel y leyó: «Si mi marido te propone ir á la Habana, no vayas. Hazlo por tu - Encarnación.» Apenas lo había leído, el torero que había acompañado á *el Pimplao* á la enfermería se acercó á Esteban y le dijo: - *El Pimplao* no tiene *ná*; dos varetazos en la pierna y en la espalda, pero dice el médico que no *pue* seguir toreando.

Nada contestó Esteban. Le miró con asombro y cayóse la muleta de su mano.

- ¿Qué le pasa á V., maestro? ¿Está V. malo?

Tampoco contestó Esteban.

El público llegó á enterarse de que algo pasaba y comenzó á manifestar su impaciencia gritando: - Eh! pero y el toro!

Esteban de pálido que estaba se puso rojo, recogió la muleta, miró al público sonriendo y echó á correr hacia el toro. Paróse junto á él, desplegó la muleta en su misma cara y en menos de una vara de terreno le dió varios pases que produjeron entusiasmo loco.

Esteban sonreíase siempre.

Cuadróse el animal y liando el diestro la muleta levantó el estoque y tiróse á volapié con un coraje y una habilidad y una valentía como nunca se había visto. Quedóse el toro *parao*. Esteban volvió á colocarse frente á él. El animal estaba á morir, pero se resistía y se defendía de la muerte. Mirando al toro volvió *el Estiraíllo* á palidecer; ya no sonreía: apretaba los dientes y contraíanse todos los músculos de la cara. Se arrancó en aquel momento el toro y derribó por tierra al matador, le recogió después con los cuernos y le volteó cuatro veces, después le arrojó al suelo y á los pocos pasos cayó muerto. *El Estiraíllo* quedó inmóvil en tierra. Fueron á levantarle sus compañeros y le condujeron entre dos á la enfermería.

Los médicos dijeron que estaba muerto.

Reconocido cuidadosamente se vió que el toro no le había hecho ni el más ligero rasguño.

. . . .

A los dos meses de la muerte de *el Estiraíllo* la Perla de la calle de los Estudios y el *Pimplao* salían de Santander con rumbo á la Habana.

Ricardo Revenga

CONCHA

I

El Corcho y Angelote son dos lobos marinos, compañeros de glorias y fatigas y cuya vieja amistad no se ha desmentido nunca á pesar de las rudas pruebas á que la han sometido la proximidad de sus respectivas viviendas y la doble rivalidad de su industria y sus mujeres.

Habitan dos cabañas contiguas, asentadas en la falda del cerro que por el Norte abriga el hermoso puerto de Soller. No estudiaron juntos, aunque se criaron en la misma arena; en la época de su libre infancia aun no había escuela en el Puerto; han llegado á los cincuenta y seis años sin saber leer ni escribir, pero sus manos, rudas y callosas, saben amainar las velas y manejar los remos con más facilidad que la pluma un pendolista.

El día 23 de agosto de 1886 se inició con un sol resplandeciente. Como era la víspera de San Bartolomé, patrón del pueblo, cuya festividad se celebraba con gran pompa y extraordinaria concurrencia de forasteros, la pesca prometía ser muy fructuosa.

Ambos amigos se habían encontrado al amanecer en el muelle.

- Buena brisa y hermosa mar, - dijo el Corcho pasando con sus remos á cuestas. - ¿Vas á salir?

- No sé qué demonios estará haciendo mi hijo, - contestó impaciente Angelote; - hace más de media hora que ha salido de casa y aun no parece con las redes. Vamos á llegar tarde á la pesca... ¡Mil diablos!...

Y el mal humorado pescador acentuaba sus palabras cerrando puños y dientes y golpeando el granítico malecón con su pie descalzo.

- Cuando hay amores por medio, se pierde la chaveta, - dijo el Corcho riendo y apretando con sus dientes la boquilla de su pipa.

- ¿Qué quieres decir?

- Que se me figura que tu muchacho está enamorado de mi chica. Y lo mejor que podemos hacer es dejar que se casen. Así trabajarán con más bríos y tú no tendrás que esperar de ese modo á Miguel, que piensa más en Concha que en su barca.

- ¡Ba, ba! para sufrir miseria, más vale que esperen. Además, Concha es aun muy joven y las mozas de su edad prestan oídos á todo el que las requiebra. Miguel necesita una mujer formal que le cuide la casa.

- ¿Acaso á Concha le falta formalidad? - replicó Angelote algo amoscado. - Si tal piensas, dílo sin rodeos, que á mi hija no le faltan pretendientes.

- No es eso. Pero Concha es tan pobre como Miguel y los chicos necesitan reunir algo para casarse.

En aquel momento se les acercó un robusto joven de unos veintidós años, cargado con las redes de pescar.

- ¿Llegarás al fin? - le gritó su padre, á quien se le apuraba la paciencia. - ¿Qué has hecho en todo ese tiempo?

- Se me enredaron las redes...

- Dí que te enredaste tú, hablando con Concha.

Miguel se puso encarnado como una amapola y echó á andar hacia el bote. Su padre le siguió de cerca, sin atender al saludo de su vecino que le gritaba al embarcarse con otro marinero:

- ¡Buena pesca, camarada!

Diez minutos después, las dos barcas, tripuladas cada una por dos hombres, se alejaban del puerto meciéndose airosamente sobre las olas y desplegando al soplo de la fresca brisa matinal sus velas blanquecinas como alas de gaviota.

II

Era la tarde del mismo día. El cielo, espléndido á los primeros rayos del sol, se había encapotado poco á poco, y los negros nubarrones que, barridos por el viento, se amontonaban sobre el mar, hacían temer una espantosa tormenta.

Una tras otra, las barcas de los pescadores aparecían en el horizonte y abordaban con dificultad, fuertemente sacudidas por las olas espumosas.

Todavía faltaban dos embarcaciones, y dos familias, asomadas al miradero de Santa Catalina, presas de mortal ansiedad, con los ojos fijos en las impenetrables brumas, aguardaban en silencio. De un lado Concha y su madre; del otro la mujer de Angelote con un niño asido de la mano.

Por fin rompen el silencio. Bajo la influencia de la inquietud común, las tres mujeres se han apiñado, y sus ojos atentos, fijos en el horizonte, expresan, con más elocuencia que los labios, las angustias que les atormentan el alma.

- Estas turbonadas de verano son fatales para la gente de mar, - dice la mujer de Corcho; y añade con tristeza después de un rato de silencio: - No puedo ver ninguna sin acordarme de que mi padre y mi abuelo se embarca-

on con bonanza para no volver. Nosotras, las pobres mujeres, nos quedamos aquí para llorar.

– ¡Ah! – exclama Concha dando un grito de contento; – ¡allí viene una barca! La otra no puede estar muy lejos. ¿Es mi padre... ó es Miguel? Las dos mujeres se han apiñado aun más, y sus ojos no se desvían un momento de la barca, á no ser para interrogar en vano el insondable horizonte.

No parece otra embarcación. La que confusamente se divisa, parece luchar, no contra la corriente, que la arrastra con rapidez hacia tierra, sino contra la fuerza de las olas, que tan pronto la levantan sobre movedizas crestas como la sumergen en un abismo en que puede desaparecer para siempre.

La cerrazón aumenta... y con una ráfaga de caldeado viento se precipita una lluvia torrencial. Angulosas barras de fuego hienden las nubes, y el fragor de repetidos truenos que estallan en el espacio completa el horror de la tormenta. Más allá de un estrecho círculo, en que el espíritu se ahoga, todo se hace impenetrable á los ojos.

Las tres mujeres caen de rodillas y elevan al cielo una fervorosa oración, mientras la lluvia les azota el rostro y el viento hace flotar sus ropas como siniestros jirones del infortunio.

Así permanecen un cuarto de hora, entre el temor y la esperanza.

Cesa la lluvia y en breve queda despejada la atmósfera. Y en el mar... sólo sigue viéndose una barca!

Poco á poco, los pescadores que abordaron al principio de la borrasca, se van reuniendo en el mirador de Santa Catalina, ansiosos de saber qué ha sido de los compañeros dejados en alta mar.

Los de vista más perspicaz creen conocer la barca que llega al fin, después de grandes esfuerzos; mas no se atreven á decirlo, por temor de dar demasiado pronto una esperanza á una de las mujeres y desgarrar inútilmente el corazón de las otras dos.

LA PIPA DEL ABUELO, cuadro de G. Jakobides

Por último se escapa un grito de todos los labios: «¡Angelote! ¡Es la barca de Angelote!»

Sólo Concha murmura: «¡Miguel!»

Pero ¿dónde está la otra barca, la del Corcho?

Un secreto temor, un presentimiento terrible hace estremecer de espanto á todos los que allí se encuentran reunidos, y nadie se atreve á decir en voz alta el pensamiento que germina en la mente. ¡Es tan cruel destruir una ilusión, cuesta tanto desprenderse de la última esperanza, en las catástrofes de la vida!

Todos bajan al muelle, unos para ayudar, otros para interrogar á Angelote que atraca con su hijo.

– ¡Ah! ¡gracias á Dios! – exclama el padre de Miguel; – somos los últimos y todo el mundo está en salvo.

– Los últimos, no, – dice la mujer del Corcho acercándose al pescador. – Antonio salió esta mañana al mismo tiempo que vosotros, y aun no ha vuelto!

– ¿Aun no ha vuelto? – exclama Angelote con un sentimiento de terror que no escapa á su interlocutora. – Hace dos horas, al separarnos, su barca se hundía al peso de la pesca, y él se disponía á ganar el puerto inmediatamente al ver que el tiempo amenazaba.

– ¿Y partió antes que vosotros? – preguntó la pobre mujer temblando.

– Mucho antes. Hace por lo menos media hora que debiera haber llegado. Pero no hay que apurarse. El Corcho y su marinero saben dónde tienen la mano derecha. Habrán recalado en algún punto... apuesto á que llegarán sin novedad.

Reanimadas por las palabras y la fingida serenidad del pescador, Concha y Margarita, su madre, suben otra vez á Santa Catalina, donde otro desengaño y nuevos terrores las esperan. Allí permanecen hasta el crepúsculo, inmóviles, silenciosas, abrasados los ojos por hirvientes lágrimas, sintiendo repercutir en el fondo de su alma los bramidos de las enfurecidas olas. Y allí se estarían hasta sabe Dios cuándo, si Miguel y su madre no acudiesen á arrancarlas á su muda contemplación y á su espera probablemente inútil.

Rosa, la mujer de Angelote, coge del brazo á Margarita, mientras Miguel se lleva á Concha. Madre é hija dirigen una última mirada al mar inmenso en que naufragan todas sus esperanzas y que pronto va á quedar envuelto en las sombras de la noche.

Miguel, que es hombre de buen temple, procura tranquilizar á su afligida novia.

– Tu padre volverá, – le dice, – y si no, aquí estoy yo para sustituir á los que falten.

Llegan á su modesta vivienda á tiempo que anochece.

– Gracias, – dice Margarita desprendiéndose del brazo de su vecina. – Concha y yo velaremos toda la noche. Si al despuntar el día veis la puerta cerrada, será señal de que Antonio está aquí. Si no vuelve, nos encontraréis en Santa Catalina.

III

Al amanecer del día siguiente, la puerta de la choza estaba abierta, y Concha y su madre se encontraban en el mirador de sus angustias.

Allí acudieron, durante muchos días, cada vez que se lo permitieron sus faenas. Poco á poco iba debilitándose su esperanza, y por último, más que á ver si aparecía la ansiada barca, iban á rogar á Dios por el que sólo vivía ya en el amor de su esposa y de su hija.

Un día de resaca, llegó á la playa una tabla rota, que llevaba escrita en grandes letras blancas, la palabra CONCHA.

Era el nombre de la barca del Corcho.

La infeliz Margarita lloró mucho, doblando la cabeza como una viuda resignada para quien la lucha de la vida se hace imposible. Los días fueron cada vez más tristes para ella y su hija, pues con la muerte del padre, llamó á la puerta de la choza la implacable miseria.

Acostumbradas únicamente á la venta de la pesca y á la reparación de las redes con frecuencia destrozadas, las dos mujeres no sabían hacer otra cosa. ¿Y qué otro medio de subsistencia hubieran podido hallar donde cada cual es criado de sí mismo para las necesidades de la vida?

A pesar de todo, vibraba siempre una voz consoladora en el fondo del corazón de la pobre huérfana. Concha sabía que Miguel no la abandonaría, y esperaba renovar más ó menos pronto aquella existencia feliz de que había disfrutado tanto tiempo, cuando su padre, jovial y orgulloso, llegaba con una abundante pesca, que ella iba á vender al pueblo.

Eran tan modestas sus aspiraciones, que á la pobre muchacha le parecía que Dios no había de negarle ninguna.

Pero en toda senda se hallan, como fatales obstáculos, seres egoístas que no comprenden la dicha para los demás. A esta clase pertenecía Rosa, la mujer de Angelote.

– ¿Piensas todavía en Concha? – dijo una noche á su hijo que, pensativo y triste, permanecía con los codos en la mesa y la frente apoyada en las palmas de las manos.

– En ella pienso, – contestó el joven alzando los ojos hacia su madre.

– Pues hijo, será menester que cambies de pensamiento, porque tu padre y yo hemos calculado que Concha es hoy demasiado pobre para que te cases con ella.

Miguel hizo un brusco movimiento de protesta.

– Déjame concluir, – añadió Rosa. – Si el Corcho hubiese vivido, tú hubieras sido dueño de su barca, y nosotros hubiéramos podido pasar sin tí, con la ayuda del niño, que crece y pone fuerzas; pero hoy no es posible; nuestra barca no es suficiente para el sostén de dos familias.

– Trabajaré el doble.

– ¡Ba! sé lo que valen esas promesas. Apenas casado, no pensarías más que en tu mujer y en tu casa. Si quieres casarte, busca una chica que pueda ayudarte á ir tirando sin miseria.

– ¿Y mi padre piensa también así?



Corridas landesas en París. – De una fotografía instantánea

– ¿Cómo quieres que piense, sino lo mismo que yo? Al principio se oponía, pero yo le hice entrar en razón.

– Mi padre ha podido ceder, porque ello le interesa menos que á mí, – dijo Miguel levantándose; – pero yo no cederé.

Concha y su madre adivinaban lo que pasaba en casa de sus vecinos. Comprendían que no había que esperar á que Miguel, atormentado por su madre, cediese al fin á tan tenaz oposición y abandonase á su novia.

– Ya no me quieres, Miguel, – díjole un día la joven. – No tardarás en fijar los ojos en otra para casarte.

– No digas eso, Concha, porque me lastimas y me ofendes. Te quiero más que nunca, y te prometo no casarme con nadie más que contigo.

– Pero ¿te casarás conmigo, de veras?

Miguel bajó la cabeza, sin contestar.

– Todo lo comprendo, – añadió Concha apoyando su brazo en el del pescador. – Aprecias á tu madre, aunque nos tiene mala voluntad, y compadeces á tu padre á quien nó quieres acarrear disgustos.

A cada palabra, la joven bajaba la voz.

– Te querré siempre lo mismo, – repuso Miguel.

– No estaré ya aquí para verlo, – dijo ella exhalando un profundo suspiro, á tiempo que rodaban dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

– ¿Qué quieres decir? – exclamó el joven aterrado.

– Mi madre y yo vamos á partir. Abandonaremos nuestro hogar, esta tierra donde fuímos tan felices y donde tanto hemos sufrido.

– No, no, – dijo el joven, – no te irás. Te ruego que no te vayas.

– Bien sabes que no puedo quedarme, so pena de ser objeto de eternas disputas; y sufro demasiado al pensar que al fin no hemos de casarnos.

– Ten un poco de paciencia; tal vez mi madre cambie algún día de modo de pensar.

– No cambiará, y yo no quiero ser tu esposa sin su consentimiento.

El joven pescador bajó tristemente la cabeza.

– ¿Cuándo pensáis marcharos? – dijo él de pronto, volviéndose bruscamente hacia Concha.

– Mi madre quiere arrendar antes nuestra vivienda, puesto que no contamos con otro recurso. Juan Arbós parece dispuesto á tomarla para su hijo, que se casa muy pronto.

– Y ¿á dónde queréis ir?

– Mi madre me ha prohibido que te lo diga.

Miguel sintió apretársele un nudo en la garganta, y Concha vertió dos lágrimas que le caldearon las mejillas. Ambos jóvenes permanecían en triste y mutua contemplación, cuando detrás de ellos se oyó la voz de Rosa que profería enérgicos reproches.

Miguel y Concha se dirigieron una última y expresiva mirada, llena de elocuencia y de promesas infinitas, y se separaron bruscamente, alejándose al mismo tiempo de la enfurecida Rosa.

La infeliz muchacha fué á buscar consuelo en brazos de su madre. Cuando el llanto le permitió hablar, le contó la entrevista amorosa, tan furiosamente interrumpida por la mujer de Angelote.

– Madre, esto no puede continuar así.

– Tienes razón, hija mía; este puerto parece maldito para nosotras, desde el día fatal en que desapareció tu padre para no volver.

– Una esperanza me hacía llevadero el infortunio, y hasta este consuelo se desvanece con la pérdida de Miguel.

– ¿Ya no te quiere como antes?

– ¡Oh! no tengo de él la menor queja. Creo que me ama como al principio de nuestras relaciones. Pero debo renunciar á su amor.

– ¿Por qué?

– Porque no quiero verle desgraciado, y nuestras entrevistas le originan grandes disgustos.

– Sus padres se dejan llevar de la ambición.

– Su madre, sobre todo.

– Pero ella domina á su marido.

– No me quieren porque soy pobre.

– Hija mía, la pobreza es más repulsiva que la fealdad. La afrenta recibida nos obliga á romper con la familia de Miguel. Además, tu salud y tu dicha exigen que nos alejemos cuanto antes de este sitio donde nos persigue la desgracia.

La joven echó á llorar y Margarita respetó su llanto.

IV

– ¡Gracias á Dios! exclamó á la mañana siguiente la mujer de Angelote. Hoy es el último día que las vecinas pasan aquí. Pasado mañana nos veremos libres de esas dos mujeres.

Miguel, á quien iban dirigidas las palabras de su madre, nada contestó. Cogió una silla y fué á sentarse junto á una mesa en que estaban colocadas sus redes.

– ¿Vas á remendarlas? preguntó Rosa.

– Las remendaría con gusto si tuviesen que servir para lo que yo quisiera.

– ¿Y qué quieres tú?

– Que vos y mi padre me dieseis permiso para regalar mi pesca de hoy á Concha y á su madre.

– ¡Vaya una idea! exclamó Rosa dando un salto en su silla. Dar toda la pesca á esas dos monas que se van sabe Dios dónde, y de quienes no volveremos á saber noticias! Ahí viene tu padre. Pídeselo y verás lo que te contesta.

Pero Angelote, á quien su mujer no había tenido tiempo de preparar, no fué tan contrario como suponía ella á los deseos que acababa de exponer su hijo.

– Tienes razón, muchacho, – contestó Angelote con bondadosa sencillez; – hace tiempo que debiéramos haber pensado en eso. – El bueno del Corcho merecía que alguna vez prestásemos ayuda á su mujer y á su hija.

Miguel saltó al cuello de su padre con lágrimas en los ojos.

– ¿Consentís, pues?

– ¡Vaya si consiento! Y yo quiero ir contigo, porque deseo tener igual parte que tú en esta buena acción. Vamos á partir en seguida. Deja esas redes, que nada valen; llevaremos las nuevas; no hemos de encontrar mejor ocasión para estrenarlas.

Rosa aventuró algunas objeciones, pero enfrenó su lengua temiendo que su hijo formase de ella un mal concepto.

Los dos hombres cargaron con todos los enseres de pesca y bajaron al muelle con la agilidad que puede dar la satisfacción de un deber cumplido.

Juan B. Enseñat

(Continuará)



Corridas landesas en París. – Embistiendo al toro.



Corridas landesas en París. – Embistiendo el toro.

LAS CORRIDAS LANDESAS EN PARIS

Esta diversión menos sangrienta que las corridas de toros españolas, reconoce un origen muy distinto del que á éstas ha dado lugar. Los pastores de las Landas que viven constantemente entre sus vacadas, tienen que habérselas con frecuencia con reses rebeldes y salvajes contra las cuales tienen como principal defensa la destreza: de aquí ha nacido el llamado *écart* (quite) que se ven obligados á hacer á cada paso y que naturalmente les ha llevado á lucir su habilidad en verdaderas corridas. Hay, además, otra clase de corrida, la *Ferrada*, que es resultado natural de la ocupación de los pastores y que encontramos idéntica ó poco menos en las pampas argentinas: esas inmensas boyadas que recorren las Landas han de estar marcadas con las iniciales del propietario á fin de evitar los robos, y para ello es preciso coger á esos animales semi salvajes, derribarlos al suelo y aguantarlos mientras se les aplica la marca de hierro candente. Un hombre montado á caballo y armado de una larga pica terminada en horca es el encargado de derribar al animal.

Pero el género de corrida más común, es el primero que tiene muchos puntos de analogía con las españolas. En el momento en que el animal penetra en el redondel hay en éste, á veces, ocho ó diez *écarteurs* que corren hasta fatigarla la misma bestia, generalmente una vaca landesa de movimientos violentos y de aspecto salvaje. Algunas veces se ponen banderillas, pero por regla general esta suerte está sustituída por la de poner escarapelas untadas de pez que han de quedar clavadas entre las astas del cornúpeto. También se hace uso de la capa. Pero lo verdaderamente original es el quite: el hombre espera á pie firme, y en ocasiones con los pies atados ó metidos en el sombrero, á la vaca que se arranca hacia él y en el momento en que va á ser alcanzado por ésta hace un sencillo movimiento con el cuerpo y se desvía á derecha ó á izquierda rozándole los cuernos del animal pero sin tocarle. A menudo también, con ayuda de una larga percha, salta por encima de la cabeza de la vaca del mismo modo que salva los abismos en sus landas; otras veces espera á la vaca y cuando ésta baja la testuz para embestirle emprende una carrera y la salta por todo lo largo y algunas veces haciendo el salto mortal.

Con frecuencia la vaca está sujeta por una larga cuerda por medio de la cual en cierto modo se la dirige.

Las corridas landesas son tan populares en el mediodía de Francia como las corridas de toros en España: no hay en las Landas una aldea que no tenga su circo, ó cuando menos un cercado, ó un patio de alguna granja convenientemente preparado, y todos los jóvenes se dedican á este ejercicio siendo pocos los que han hecho de él una verdadera profesión.

(Tomado de *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón